

TERESA SANZ COLL

Tejiendo respuestas

Leyendo el texto "Materia Viva" de Luisa Muraro ["Duoda" 20 (2001) 137-139] volví a la infancia. Volví de una manera intensa, total por un instante, como si me hubiera comido diez magdalenas proustianas. Cuando era niña, mi hermana y yo siempre estábamos juntas, jugábamos a todas horas, pero nos peleábamos habitualmente por cualquier tontería, por representar un papel en el juego, por no querer una hacer lo que decía la otra... Generalmente el conflicto se resolvía con rapidez debido a nuestras imparables ganas de seguir jugando, así que rabia y olvido se sucedían con naturalidad. Pero algunas veces nuestro enfado desbordaba un poco los niveles cotidianos y mi madre tenía que intervenir y nos reñía. No recuerdo en absoluto sus palabras, pero puedo palpar de nuevo las sensaciones que me producían: nos lanzaba un discurso sereno (nunca gritaba) y contundente, siempre el mismo, como una lluvia, nos hablaba del amor, del rencor, de compartir, de la una, de la otra, de ella, de sus experiencias, de sus amigas y hermanas, de escuchar, de buscar otros caminos... Recuerdo con claridad que tanto mi hermana como yo pretendíamos interrumpirla, en algún momento, para explicarle nuestro problema concreto y ella nos cortaba enseguida diciendo algo así como "no quiero saber nada de lo que ha pasado, porque siempre es lo mismo, sólo quiero que cuando os enfadéis, penséis en lo que os digo". De esta manera la paradoja estaba servida: nuestro conflicto puntual era implacablemente reducido a un universal. Y se producía un efecto extraño, de pronto, mi madre recogía

algo de nuestra ira, mientras nosotras nos sentíamos un poco cómplices ante su indiferencia respecto a nuestra particularidad... la mezcla de los más encontrados sentimientos (quizás de la totalidad de los sentimientos, tal como afirma Melanie Klein y nos recuerda Luisa Muraro) es lo que yo retengo de aquella condensación emocional triangular.

Agradezco a Luisa Muraro la recuperación viva de estas sensaciones y le agradezco también el que haya comentado algo de mi escrito en *Duoda*. Aunque soy consciente de que sólo he sido un pretexto para su texto, para abstraer y generalizar, me ha parecido percibir una invitación a profundizar en el conflicto que expuse y a continuar el debate abierto. Siempre encuentro algo excitante y potenciador en la escritura de Luisa Muraro y es que me sitúa plenamente en el nudo de la relación, no sólo entre una y otra o una y lo otro, sino entre lo que pienso y lo que nunca he pensado, entre lo que siento y lo que nunca he sabido sentir, entre lo claro y lo extraño. Me sitúa en el imparable y abierto movimiento humano de relación, es decir, en lo que entiendo yo por dialéctica: un lugar donde son imparables los saltos, el movimiento, los puentes, pero donde es imposible pontificar.

Creo que no hay ninguna relación entre mujeres o de mujer que no pueda ser entendida desde el paradigma sentimental que propone Luisa Muraro. Creo que es cierto que las mujeres mantenemos a la madre cerca, en todas nuestras relaciones, como referencia de totalidad, como recuerdo y medida de máxima posibilidad afectiva. Y siento que esto es materia viva, materia política (quizás desde este prisma debería analizarse la afición femenina a las revistas del corazón o a la fe religiosa). Ello nos da una especificidad diferencial rica y compleja que se materializa sólo mostrándose en cada caso concreto, en cada contexto.

Yo quiero hablar de eso, insistir en los lugares que nos engendran en el presente, en su cuidado y en su relación con lo que les trasciende.

Los contextos promueven y determinan relaciones porque las cosas nos reclaman sentido, nos anclan en un tiempo y en un espacio y nos piden cuentas. Duoda es también un contexto y ha mediado en unas relaciones que seguramente no hubieran tenido lugar en ninguna otra situación. Un grupo de mujeres nos empeñamos, en un momento dado, en transformar un centro universitario de investigación de historia de las mujeres, en un centro de investigación de y desde la diferencia sexual femenina. Dentro de la institución universitaria, aquel marco de sentido ha relacionado, pues, a mujeres de edades diferentes, de ambiciones diferentes y sobre todo de experiencias políticas diferentes. Y esta relación ha resultado y resulta un reto paradigmático no sé si de todos los tiempos, pero sí, estoy segura, de ahora. Hoy la diferencia sexual emblematiza y cuestiona a la vez todas las diferencias, que también reclaman restitución de sentido y de autoridad. Y de eso ha tomado conciencia política nuestra época.

Por esto, en la polémica que yo apunto en Duoda, no me siento bizantina o infantil. Sí puede parecerlo mi inhabilidad al exponerla. El conflicto tiene que ver, como dice Luisa Muraro, con la práctica real del reconocimiento de autoridad a las diferencias, política materna por excelencia. No nos movemos bien todavía, las mujeres, sin un padre contra el que actuar y con una madre permisiva, liberadora y exigente. No nos movemos bien porque la expresión de los deseos de unas nos parecen limitación o descalificación de los deseos de otras, cuando el reconocimiento de autoridad femenina no ha tenido tiempo de crear orden, sólo afectos o no. También nos confunde a muchas feministas, la institución universitaria (patriarcal y autoritaria) que nos hospeda; en ella caben sin conflictos las más bellas palabras sobre nuevos órdenes, sobre relaciones libres, por encima de la ley, como en sus laboratorios caben los experimentos más extravagantes. Pero pagamos un precio por nuestra producción: la desconfianza de que sólo son palabras si no se sustentan en unas relaciones potentes, expansivas, diferentes dentro y fuera de la universidad.

El sentido original que nos reclaman las cosas exige unas prácticas de relación nuevas que generen un nuevo discurso, palabras nuevas, y también una nueva concepción del tiempo y del silencio entre ellas: un vacío confiado y libre. Un silencio que, como señala Luisa Muraro, muestre sólo los límites de la comunicación verbal. Pero este silencio no ha existido hasta ahora en *Duoda*, no ha sido vacío creativo. Junto a la presencia de la madre turbadora y fascinante, aparece ante cualquier conflicto, todavía el fantasma del padre, señor de aquellos dominios con sus reglamentadas soluciones: exclusiones autoritarias, impertinencias burocráticas, estatutos, votaciones, "silencio administrativo"... Es un silencio tan conocido y aplastante que hace añorar las discusiones viscerales y apasionadas entre mujeres en el mercado, esas que parecen tener horror al vacío y que posiblemente sea horror al silencio en el que se instala el poder (la victoria de una parte).

Quiero decir que si no hubiéramos estado dentro de una institución patriarcal hubiéramos tenido por fuerza que buscar otros caminos, otras mediaciones, quiero decir que a veces creemos okupar viejos espacios y nos okupan, sin embargo, viejas costumbres...

Mi deseo al organizar el dossier de "Atopías" en *Duoda* 15, 1998 fue reconocer valor de aportación y de construcción simbólica a las mujeres dentro de las luchas más tradicionales y en espacios patriarcales, no reivindicar la continuidad de formas o procedimientos que los mismos tiempos muestran inoperantes en muchos sentidos. Yo quería y quiero marcar la diferencia como continuidad, no colaborar en una confrontación de feminismos que no me interesa nada. Porque, aun escupiendo sobre Hegel, creo como él que sólo se supera lo que se conserva y porque aun reconociendo su insuficiencia, los análisis de Marx me dan cuenta de una parte importante de las cosas que pasan y no quiero perderlos de vista y porque deseo y sueño con una revolución simbólica marcada por la diferencia femenina, pero no soy nada platónica: el símbolo, la palabra, es arbitrario (libre) y convencional (atado a las cosas que designa y a las perso-

nas que lo usan) y esta paradoja es la que me interesa.

Y quizás algunos discursos que parten de sí como bellas metáforas del deseo, textos brillantes, creativos (y que yo sigo con pasión), pero a menudo generalizadores y/o excluyentes, produzcan en mí también este *double bind* (si lo he conseguido entender) del que habla Milagros Rivera en el texto que motivó este discreto debate [*La política de lo simbólico en el centro Duoda*, 17 (1999) 121-135].

Desde entonces ha pasado tiempo (dos años). Yo me he alejado bastante de Duoda, buscando realmente otras mediaciones para mis deseos y he encontrado otros contextos más ajustados a mis expectativas. Pero también he comprendido que el contexto de Duoda ha cambiado en estos doce años de existencia: muchas mujeres se han ido, otras han insistido, las alumnas han crecido, han cambiado y las líneas de investigación se han concretado en un sentido preciso; un sentido que me interesa, pero no me basta y del que me siento cada vez más ex-céntrica, aunque no he sabido crear márgenes significativos no opuestos. Y he visto la desmedida, la ingenuidad, sí, de mi sueño. Yo quería que aquello fuera un encuentro de sentidos, un diálogo de diferencias: la ciudad de las mujeres, la capital de las ciudades, una red de prácticas y posibilidades que sólo el mundo puede abarcar. Mi resistencia a acotar mi ansiedad turbó durante un tiempo la constitución de lo que es hoy Duoda.

Duoda (ya veis que me gusta repetir el nombre) es un nudo importante de la red de mis deseos. El tiempo, otros contextos, buenas amigas y Luisa Muraro me han ayudado a restituir sentido a aquel conflicto relacional que viví allí con algunas mujeres: ahora media entre nosotras aquel silencio casi confortable que se puede instalar entre mujeres que se conocen desde hace mucho tiempo. Un silencio en espera de palabras que dirán otras mujeres que sientan inquietudes parecidas a las mías o que diré yo con otras mujeres a medida que vayamos tejiendo respuestas.